

Editorial



El conformismo de la queja apoya irremediamente el afán de la supervivencia. Cuando debiéramos enfrentar los peligros reales nos debatimos en un mar de imaginarios, de dudas sobre nuestra propia capacidad. Confrontados con las amenazas de «choques» económicos, ecológicos y el colapso de los cuerpos sociales, se trata más de diferir los problemas que de afrontarlos. Decir que nunca se es culpable equivale también a decir que nunca se es capaz.

Si fuéramos al menos verdaderamente egoístas, por simple instinto de conservación, tendríamos vitalidad para asumir la construcción de nuestro futuro. Tal parece que el futuro tiene pocas adhesiones e interesa sólo a unos pocos. Queremos vivir el presente con pragmatismo activo y el máximo de beneficios inmediatos.

Si fuéramos al menos verdaderamente egoístas, por simple instinto de conservación, tendríamos vitalidad para asumir la construcción de nuestro futuro. Tal parece que el futuro tiene pocas adhesiones e interesa sólo a unos pocos. Queremos vivir el presente con pragmatismo activo y el máximo de beneficios inmediatos.

DESARROLLO NO ES SÓLO MACROECONOMÍA

Si bien tradicionalmente se interpretaron las metas del desarrollo como el crecimiento económico y ocasionalmente se hizo referencia a cierta distribución de sus beneficios, hoy la aspiración fundamental es ampliar la libertad y las oportunidades, reconociendo la dignidad de los seres humanos como piedra angular. En esta perspectiva, la pobreza no es sólo un problema de carencias de bienes y servicios, sino la ruptura con las oportunidades y la posibilidad de escogencia de condiciones dignas de vida.

La preponderancia de lo económico en el presente lleva a acatar subrepticamente los planteamientos del darwinismo social, en donde sólo el más fuerte sobrevive. De allí, que cada día las brechas de la desigualdad e inequidad no dejan de crecer y se tienden a justificar en función de la eficiencia, la competitividad y el supuesto fracaso de la sociedad del bienestar. Pero, ¿cabe pre-

guntarse cuál es el fundamento de estos supuestos normativos? ¿Son simplemente ideas generales o premisas explícitas? Si entendemos que tanto el Estado como la economía existen en función de los seres humanos y siempre tendrán que hacer con la justicia y la dignidad humana, su razón de ser no puede sustentarse únicamente en los mecanismos del poder del más fuerte. La desmitologización de la «religión del mercado» pasa por entender que no es una vía expedita y providencial para el bienestar y la convivencia humana. De allí, que entendamos que no todo lo que plantea la economía tiene que ser así, ni los hechos que vivimos son una norma universal. No todo lo que parece funcionar eficazmente realmente funciona, ni tiene que ser legítimo. No todo lo que parece ser racional económicamente planteado, lleva al «bien común». El embelesamiento con el presente, nos lleva a diferir los problemas reales de estas contradicciones.

CALIDAD DE VIDA: UNA NUEVA MODA

Si algo caracteriza la globalización de la información es la rapidez con la cual se asumen supuestos de otras realidades como si fueran nuestros problemas. Para el mundo industrial, indudablemente es una prioridad defender y mantener la calidad de vida y de bienestar social alcanzado. Pero nosotros tenemos que empezar por construir la calidad de vida, generar las condiciones y la institucionalidad que la sostenga y la capacidad ciudadana de recrearla continuamente. El discutir y debatir sobre las condiciones para ello significa dirimir qué queremos: ¿acceso a bienes, tener dinero o institucionalidad sustentada en derechos y responsabilidades que compartimos con un objetivo común?

¿A quien le interesa el futuro?

Construir nuestra calidad de vida conlleva desarrollar confianza con el «otro». Construir un cuerpo social conlleva ser sujetos sociales que estamos sometidos a otros, entramados en una red de dones, de intercambios y obligaciones. En los ámbitos de pobreza, lo que está amenazada no es la calidad de vida, sino la vida misma.

Construir nuestra calidad de vida requiere una visión «holística» en donde, si bien es importante lo ecológico y lo social, no puede obviarse la construcción de la institucionalidad que haga posible cimentar la armonía social. Y es allí donde se requiere la visión de futuro que vincule el pasado con el futuro. Visión que pueda sustentarse con argumentos y no sólo con sueños. Aprendiendo del pasado, sabiendo distanciarse del mismo para, así, anticipar realísticamente los obstáculos a superar, los conflictos a manejar y las metas a alcanzar. En algunas empresas se implantaron procesos de «calidad total» como vía expedita para la productividad. Era la moda que significaba modernidad y tecnología. Pero, al plantearse como un fin en sí misma, se olvidaron de integrar a quienes eran los sujetos del proceso; el desconocimiento y la poca participación en el ajuste de la producción no permitieron construir un objetivo común, y la «calidad total» permanece en los manuales de procedimientos.

La emergencia del sector social es un medio para abrir las posibilidades de equilibrio en las relaciones de poder. La Cumbre Mundial para el Desarrollo Social (1995) fue una convocatoria urgente sobre la necesidad de abordar los nuevos problemas de empleo, pobreza y convivencia humana con visión de largo plazo. Las organizaciones sociales emergentes presionaron por el diseño de políticas concretas en donde la presencia y participación de los «dolientes» estuviera presente. Lo que parecía obvio no lo fue. Tanto los países industriales como los no desarrollados no

quisieron comprometerse en acciones concretas para enfrentar la destrucción del ambiente, la dinámica de las migraciones, el peso de la deuda externa, las tecnologías alternativas, los conflictos étnicos y religiosos, etc. Prefirieron diseñar y comprometerse en unos programas de objetivos deseables. No se trata sólo de una falta o debilidad de estructuras políticas, ya que los mecanismos de negociación existen, sino de falta de motivación para la voluntad política y ética.

Las organizaciones sociales tienen en sus manos la capacidad de movilizar y mantener la motivación hacia las futuras generaciones, construyendo el presente, cambiando las prioridades y estableciendo nuevas formas de resolver los problemas dentro de la heterogeneidad que es la comunidad humana.

DESARROLLO SUSTENTABLE O ALTERNATIVA DE FUTURO

¿Nos interesa realmente un desarrollo duradero o seguiremos «esperando» un nuevo conflicto para que suban los precios del petróleo? ¿Por qué tenemos que invertir en las futuras generaciones, sacrificando nuestro bienestar y consumo inmediato? ¿Por qué las cosas debieran ser mejor para ellos? Son preguntas que constantemente se plantean los pragmáticos y «realistas». La visión de largo plazo y de sustentabilidad del desarrollo depende de la importancia y significación que tenga la gente. Y aquí tendríamos que diferenciar entre las necesidades para el logro de un desarrollo sustentable y los requerimientos de provisiones para el futuro.

Queremos y entendemos por «sustentable y duradero» el proceso de desarrollo en donde las condiciones naturales se protegen de manera tal que las condiciones de vida de las actuales generaciones sean una opción similar para

las próximas generaciones. La preservación de las condiciones de vida no deriva de conceptos económicos o ecológicos, y menos aún científicos, sino que es un proceso de demandas y de decisión ética. Con ello va la preocupación por abordar modelos de producción material y de generación de riqueza que puedan repetirse y que sean deseables para el bienestar colectivo. Es claro que el estilo de vida de los países industriales tiene que cambiar. Si observamos lo sucedido en la Conferencia de Kyoto recientemente, no será un camino racionalmente sin espinas, pero lo que quedó claro es cómo, al discutir el futuro, inmediatamente se cuestiona el estilo de vida y las decisiones del presente.

Si «la gente» es el centro del desarrollo, la calidad de la vida humana es un fin; tenemos que asumir que, si las desigualdades de hoy son crecientes, sostener los modelos y estilos de vida actuales equivale a perpetuar las desigualdades en las generaciones futuras.

Si es importante la «gente», tendremos que combinar la iniciativa individual con políticas públicas y organizaciones comunitarias diversificadas que lleguen a la heterogeneidad de la vida. La acción individual aislada, si bien importante, no es suficiente, porque la capacidad de las personas depende de condiciones sobre las cuales no se tiene control: es el caso de una escuela deficiente y las oportunidades del niño pobre.

Las desigualdades no son ni dignas, ni sostenibles. Enfrentarlas es mucho más que el pragmatismo de la supervivencia, y la gente aspira ser sujeto de un desarrollo duradero.